

La casa iluminada, Ignacio Llamas.

Serie: El sonido interior, 2003.

Madera, luz y sonido, 85 x 110 x 55.

Ignacio Llamas vio la luz en Toledo el año 1970. Hombre de largos silencios en luz sosegada. Hoy nos abre las puertas de su "castillo interior" a través de su última modalidad artística: estructuras cerradas y abiertas a la vez que atraen nuestra atención y nos permiten deambular por galerías inéditas del alma.

La casa iluminada adquiere en la fotografía coloraciones y matices no calculados ni percibidos al ver la obra directamente. Diría que sin pretenderlo ha logrado dos obras en una: la volumétrica y sonora, y la fotográfica. Comento la fotográfica e invito a ver el original pues ambas son inseparables como la sombra del cuerpo.

- Es un regalo para la vista la caja grande que custodia el misterio apenas desvelado en las fotografías del interior. A diferencia de las cajas de Jorge Oteiza saciadas por la luz del paisaje, la belleza de la *casa iluminada* es interior. La cuidada proporción volumétrica y el acabado y textura de los rectángulos invitan a conocerla.

- La parte frontal en ocre claro con atisbos simétricos de veteado en la base se diluyen en el camino por respeto a la limpieza del lienzo. Las aristas de los rectángulos están cuidadosamente acabadas. El gris oscuro de los rectángulos lateral y superior ya se ha adelantado en el arranque del veteado. Pero todo se redime en el brillo rectangular de la tapa superior, puerta de luz y acceso a *La casa* por donde nos asomamos.

- Si "*la belleza de la hija de Sión está dentro*", dentro encontramos el alma del artista lo suficientemente abierta y permite saciar el deseo de intimidad coloquial al tiempo que deja en suspense el misterio más intuido que desvelado. Es el alma humana que no termina de manifestarse por la pobreza de la expresión formal del lenguaje.

- El primer interior con departamentos estancos nos conduce de estancia en estancia a través de planos y diversa luminosidad. Cada visitante puede moverse libremente por este "laberinto" de intimidades sin profanar las ajenas. La luz se va difuminando hasta perderse en la misteriosa profundidad del fondo.

- La foto de la izquierda - evocadora de sobrios muros faraónicos - es de una belleza extraordinaria. La mirada se lanza a la pared de fondo redimida de la penumbra por la puerta transida de luz que nos invita a pasar y desvela la delicada armonía en la simplicidad de sus líneas.

El color casi innominado, lo suficiente para despertar el deseo interior de cruzar el umbral y tomar un baño de luz liberadora que nos conduzca a otras y otras moradas, de las muchas "*que hay en la casa del Padre*". El alma - **casa iluminada** - de Ignacio Llamas queda abierta para quien busque una cura de sosiego compartido.

Francisco Sánchez